

Cervantes y Shakespeare

Cruce de caminos

Hernán Lara Zavala

Dos de los más grandes genios de la literatura universal fallecieron hace cuatro siglos. Las conmemoraciones recientes, en muchas partes del mundo, han sido unánimes en una certeza: Miguel de Cervantes Saavedra y William Shakespeare no sólo coincidieron en el mes y el año en que dejaron esta vida terrenal, sino que también han tenido una pareja, irrefutable resonancia en la cultura y las artes más allá de todas las fronteras. Hernán Lara Zavala, Luis Carlos Salazar y Vladimiro Rivas, tres conocedores y entusiastas lectores de Cervantes y Shakespeare, participan en esta entrega con reflexiones en torno a las creaciones más altas que la imaginación literaria ha conocido.

I

A lo largo de nuestras vidas surgirá inevitablemente algún cruce de caminos: ¿hacia dónde ir?, ¿qué rumbo tomar?, ¿por dónde guiar nuestros pasos?, ¿volverse o avanzar?, ¿arriesgarse o claudicar?, ¿elegir o no?, ¿felicidad o infortunio? El planteamiento se da en todos los ámbitos de la vida, en todas las personas y ante las más diversas circunstancias. Ignacio de Loyola relata en su *Autobiografía* que yendo rumbo a Monserrate discute airadamente con un moro sobre la virginidad de María Santísima. Encolerizado, Loyola toma la siguiente resolución: “dejar ir a la mula con la rienda suelta hasta el

lugar donde se dividían los caminos; y que si la mula fuese por el camino de la villa, él buscaría al moro y le daría de puñaladas; y si no fuese hacia la villa sino por el camino real, dejarlo quedar...”. Don Quijote, en el capítulo xx de la novela, también permite que Rocinante sea quien decida el rumbo por donde han de discurrir: “por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto, se pusieron a caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso que se llevaba tras de sí la de su amo...”. Pero entre todos los caminos que se abren ante nuestras vidas nunca sabremos cuál de ellos nos conducirá a la ansiada meta y cuál nos llevará a un impredecible destino, bueno o malo, qué más da...

Esto mismo sucedió a Miguel de Cervantes Saavedra y a William Shakespeare. Ambos mueren, presuntamente, el 23 de abril de 1616, lo cual implica la misma fecha pero no necesariamente el mismo día, ya que Cervantes muere de acuerdo con las modificaciones del calendario gregoriano mientras que Shakespeare con las normas del viejo calendario juliano. A pesar de ello, ambos escritores eran totalmente diferentes: uno muy español, el otro muy inglés: uno provenía de la Contrarreforma; el otro del protestantismo; uno del mundo barroco; el otro del gótico.

Incluso físicamente eran totalmente diferentes: Cervantes se describe a sí mismo como “de rostro aguileño, cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos...y [de piel] antes blanca que morena”. Su cabello era lacio y generalmente se le ve con gorguera al cuello y mirada simultáneamente orgullosa y humilde. El rostro de Shakespeare, por otro lado, ha dado motivo a todo tipo de especulaciones sobre su identidad e incluso a que se haya dudado de su existencia. Tan grande era. Pero Shakespeare era Shakespeare, sin duda alguna, y así lo prueban la reincidencia de sus metáforas y su estilo poético, único e inconfundible. En su época era conocido como “Will Shakespeare”: de ojos grandes, bien abiertos, mirada penetrante y aterciopelada —por los amplios párpados—, nariz recta, boca pequeña, calvicie incipiente, bigote y barba negra y con una argolla en el lóbulo de la oreja izquierda que le daba un toque bohemio que evoca al aventurero, al poeta, al gitano y al corsario. En conclusión: un espíritu libre y rebelde.

A pesar de sus diferencias físicas y de talento, también tuvieron varios puntos de confluencia y sus vidas se entrecruzaron azarosamente para que al final cada uno hallara su destino como dos de los grandes pilares de la literatura universal.

Cervantes era mayor que Shakespeare: nació en Alcalá de Henares en 1547, mientras que Shakespeare en Stratford-upon-Avon en 1564; el español le llevaba buenos 17 años al inglés. Sólo que Shakespeare muere a los 52 años, mientras que Cervantes vive hasta los 69. Ambos fallecen en el año de 1616, hace 400 años, con unos cuantos días de diferencia. Ironías del destino.

Pero las similitudes y coincidencias entre estos dos grandes espíritus rebasan con mucho la mera curiosidad de compartir una fecha. No se conoce bien si la causa de la muerte de Cervantes fue una hidropesía, diabetes o cirrosis hepática, pero durante sus últimos días sufrió fuertes dolores y padeció una sed insaciable. Es en la dedicatoria de *Persiles y Segismunda* donde logra despedirse de este mundo con las siguientes palabras: “Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos, que ya me voy muriendo y deseando veros presto, contentos en la otra vida”.



Anónimo, Cervantes, 1864

Tal parece que Shakespeare murió de neumonía, luego de haber ingerido una buena ración de arenques acompañada con sendas botellas de vino del Rin en compañía de sus amigos Michael Drayton y el dramaturgo Ben Johnson. El acta de defunción aclara que “sudó demasiado, se resfrió y murió”. Al igual que el de Cervantes, su epitafio no se dictó antes de morir sino que se encuentra dentro de su propia obra, en lo que se considera la despedida del gran poeta de la vida y que forma parte de su famosa obra *La tempestad*, en cuyo epílogo escribe:

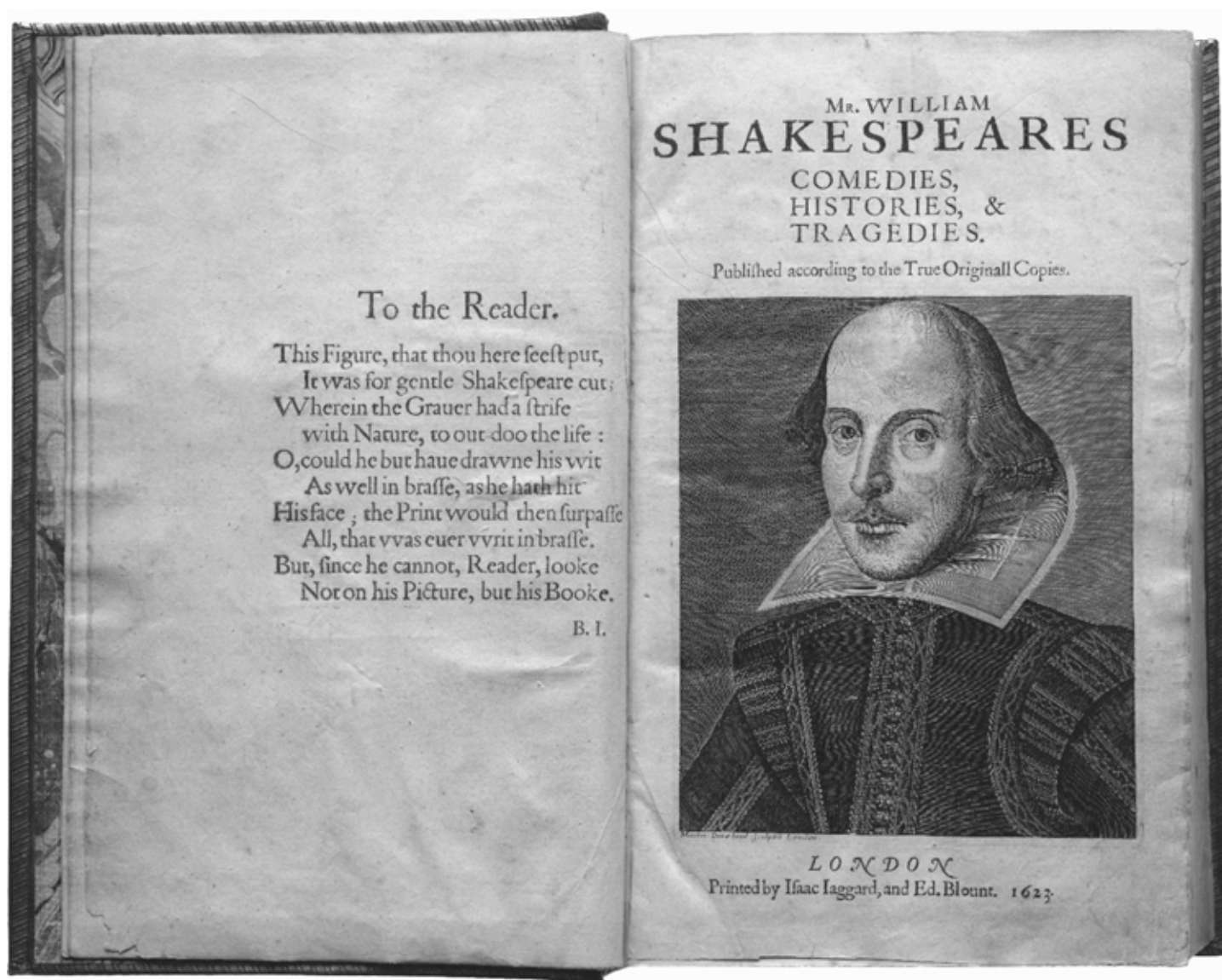
Ahora se deshacen mis hechizos
y no tengo más fuerza que la mía
que es muy escasa...
Necesito espíritus que me ayuden,
arte para encantar;
y mi fin es la desesperación
a menos que sea aliviado por la plegaria
que penetra de suerte, que toma por asalto
a la misma Piedad y toda falta condona.
Del modo como vuestros pecados
buscáis ser perdonados,
haced que la indulgencia
me dé libertad con su clemencia.

La vida de ambos escritores fue compleja, azarosa, caprichosa y aventurera. La familia de Cervantes provenía de la clase media de la sociedad española. Su abuelo, Juan, era abogado y su padre, Rodrigo, barbero-cirujano, casado con doña Leonor Cortina. La pareja tuvo cuatro hijos, de los cuales Miguel fue el menor. Su acta de bautizo es del 9 de octubre. En Alcalá la familia enfrentaba constantes problemas de carácter económico, lo cual hizo que se tuvieran que trasladar primero a Valladolid, luego a Córdoba y finalmente a Sevilla. Miguel estudia probablemente en el colegio de los jesuitas, donde aprendió algo de retórica y algo de latín.

Pero fue en Sevilla donde Miguel tuvo su primer deslumbramiento teatral al presenciar las representaciones de Lope de Rueda. Es por ese mismo amor al teatro que a los 23 años William se escapa a Londres. Año tras año, dos o tres compañías solían pasar por Stratford y montaban ahí sus obras para beneplácito de la gente, pero sobre todo para William, aspirante a actor, así que, cuando en el año de 1587 pasaron cinco compañías por su pequeña ciudad, decidió unirse a ellas en busca de fama y fortuna, dejando a su mujer y sus hijos a cargo de

sus padres. Sin duda, lo que marcó a los dos autores desde la infancia fue el deslumbramiento y el amor que el teatro les despertaba: quedaron prendados de asistir a las obras de los grupos de actores itinerantes que, con sus carretas y carpas, pasaban por los pueblos de Sevilla o por Stratford. Incurable debió de resultar sin duda la impresión que les causaron los actores, y la idea de que “la vida es un escenario” despertó la imaginación y la vocación de ambos.

Ahora Miguel se encuentra en Italia, refugiado a causa de alguna disputa sangrienta ocurrida en España. Está al servicio de su protector, Giulio Acquaviva, que con el tiempo llegará a ser cardenal. Miguel tiene a la sazón 22 años y se halla frente a un destino incierto. No decide aún si desea abrazar el oficio de las letras, el de las armas o el de la diplomacia. Antes de partir rumbo a Italia publica varias composiciones poéticas de su autoría en un libro sobre la enfermedad y la muerte de la reina Isabel de Valois, editado por Juan López de Hoyos, quien lo señaló como “nuestro caro y amado discípulo”. En Italia Miguel aprende la lengua y lee en el original las obras de Boccaccio, Ariosto, Bandello y Tasso, que van



a resultar en el futuro una benéfica influencia para su obra narrativa posterior desde diversos ángulos.

En 1570 Cervantes se decide por las armas y entra a formar parte del Tercio español en Nápoles. Al año siguiente participa en la batalla de Lepanto y resulta herido en el pecho y en la mano izquierda “de un arcabuzazo, herida que, aunque fea él la tiene por hermosa por haberla cobrado en la más memorable ocasión que vieran los pasados siglos...”, herida que le inutilizara el brazo de por vida. Participa en la expedición contra los turcos y en 1575 es apresado, junto con su hermano Rodrigo, por un grupo de piratas argelinos durante su viaje de vuelta a España. Permanece cautivo cinco largos años durante los cuales intenta fugarse en cuatro ocasiones, sin conseguirlo. En 1580 es finalmente liberado mediante el pago de un cuantioso rescate y probablemente por entonces escribe su primera obra de teatro, *El trato de Argel*. Vuelve a España y busca empleo. En 1590 Cervantes hace una solicitud al Consejo de Indias para que le den un puesto ya sea en Soconusco, Guatemala o en La Paz, Bolivia. Su petición es rechazada con el comentario de que buscara algo más cercano a España, donde pudiera serle de mejor servicio a su país.

Luego de probar su suerte en el oficio de las armas, vuelve a probar su suerte en las letras. De ahí surgen las sesudas e interesantes disquisiciones que aparecen en el *Quijote* sobre el valor que ambos oficios, tan entrañables al temperamento y a la vida de Cervantes, tienen en la vida del hombre. Incursiona Cervantes en el teatro (*El cerco de Numancia*, escrita entre 1583 y 1587, considerada por muchos como su obra maestra en el ámbito teatral). Es probable que durante esa época empezara a probar su mano en la narrativa y a trabajar en su novela pastoril *La Galatea*. Se introduce en el ambiente literario de Madrid sin demasiado éxito. En 1584, a la edad de 37 años, contrae matrimonio con Catalina de Salazar, aunque ya antes había tenido una hija, Isabel, con Ana de Villafranca. La pareja se va a vivir a Toledo, de donde es Catalina. Cervantes no fue feliz en su matrimonio. Shakespeare menos aún.

Obtiene Cervantes el puesto de comisario real de abastos en Andalucía; su función es requisar aceite y grano para la Armada Invencible, tarea que realiza hasta 1593. Poco después empieza a trabajar como recaudador de impuestos y es encarcelado en Sevilla, acusado de fraude, aunque se dice que la causa fue realmente su ineptitud financiera. Es durante este amargo periodo cuando seguramente le surgió la idea de escribir el *Quijote*. La leyenda dice que Cervantes aprovechó ese confinamiento forzado en prisión para dedicarse a redactar la novela que lo iba a consagrar para la posteridad.

La vida de Shakespeare es igualmente azarosa, aunque nunca tan dramática ni tan dolorosa y desdichada

como la de Cervantes. Shakespeare fue bautizado el 26 de abril de 1564 en Stratford. Borges dice que en los libros “aprendió el poco latín y menos griego que hablaría un contemporáneo...” y sugiere también que “en el ejercicio de un rito elemental de la humanidad, bien podría estar lo que buscaba y se dejó iniciar por Anne Hathaway durante una larga siesta de junio”. Efectivamente William Shakespeare se casa a la tierna edad de 18 años y pronto empieza a tener hijos: primero Susana, luego su hijo varón, Hamnet, y finalmente Judith. Su producción poética se inicia a una edad mayor que la de Cervantes, aunque con paso más firme y mayor seguridad en los géneros que deseaba cultivar. Tal parece que sus sonetos datan en principio del año de 1589, pero su escritura total como ahora los conocemos se prolonga hasta un poco antes de su semirretiro.

Shakespeare llegó a Londres en uno de los momentos más apasionantes de la historia de Inglaterra (la pugna entre la reina Isabel y María Estuardo, entre protestantes y católicos), pero sobre todo porque estaba surgiendo lo más florido del teatro isabelino, con figuras como Ford, Marlowe, Dekker, Jonson, Beaumont y Fletcher. Fue en Londres donde William Shakespeare se dio cuenta de que su verdadera vocación era la de dramaturgo, lo cual implicaba que utilizaría su temperamento poético para escribir obras de teatro. Así que ingresó en una compañía de actores con objeto de aprender el oficio y al mismo tiempo tener oportunidad de participar en los montajes y en la producción.

Ya establecido en Londres, primero se desempeñó como actor. Fue contratado probablemente por la compañía de la mismísima reina Isabel. Pasaron algunos años sin mayor pena ni gloria en los que gana experiencia como actor y se empieza a preparar como dramaturgo arreglando y corrigiendo antiguas comedias para su compañía hasta que, poco a poco, logra establecerse como uno de los dramaturgos y poetas de la compañía. Ahí aprende que él debe escribir no para el público sino para que el actor pueda lucir a su personaje.

Las primeras obras de su autoría son de carácter histórico: *Henry VI* y *Richard III*, que datan de los años 1589 a 1593. Entre la crítica es generalmente aceptado que Shakespeare pasó por varias etapas creativas que corren en paralelo con su propia vida, así como con su experiencia de dramaturgo: empieza escribiendo obras históricas y comedias relativamente sencillas como *La fierecilla domada*. De ahí salta al joven profesional que ya escribe obras de la talla de *Romeo y Julieta* y *Julio César*. Viene luego su incursión en obras más elaboradas que confirman su profesionalismo como *Sueño de una noche de verano* o *El mercader de Venecia*. Sigue el periodo que se ha dado por llamar el de las *problem plays*, es decir, obras que reflejan un gran conflicto interno en su vida y personalidad pero que lo conducen al pináculo

de su producción dramática: *Hamlet*, *Othello*, *King Lear*, *Macbeth* y *Anthony and Cleopatra*. ¡Auténticos e involuables dramas de la condición humana! Luego viene el periodo de “la reconciliación”, donde se ven superadas sus angustias existenciales, y que queda representada sobre todo en su obra *The Tempest*, en donde Shakespeare se reconoce como el gran creador que es, y se ve como su personaje Próspero, manipulando las acciones de los caracteres, como Shakespeare las de los actores para lograr que la obra fuera feliz, conmovedora y convincente.

Como suele suceder durante la juventud, tanto Cervantes como Shakespeare se iniciaron escribiendo poesía (hacerse poeta, según dicen, es enfermedad “incurable y pegadiza”). Pero los impredecibles caminos de la literatura jamás son sencillos y mucho menos regalados. Tanto Cervantes como Shakespeare tuvieron que vérselas con sus respectivas capacidades para llegar a su auténtica vocación.

Cervantes prueba suerte primero en la poesía y luego en el teatro, donde le va mejor aunque nunca alcanza los vuelos de sus contemporáneos, Lope de Vega, Tirso de Molina o Calderón de la Barca. No posee la vena lírica y, aunque ejerce con mucho más decoro la dramaturgia, no acaba de cuajar frente a los grandes del teatro español. Años tardó en convencerse de que su temperamento no era de carácter lírico y así lo deja entrever en el prólogo a *Viaje al Parnaso*, en cuyo prólogo dice: “Si por ventura lector curioso eres poeta y llegare a tus manos (aunque pecadoras) este *Viaje*, si te hallares en el escrito entre los buenos poetas da gracias a Apolo por la merced que te hizo; y si no te hallares también se las puedes dar y Dios te guarde”.

A pesar de su enorme admiración por el género dramático y de haber escrito varias obras de teatro, algunas de ellas no tan despreciables, tampoco resultó su fuerte, aunque ahí se desenvuelve con mucho mayor soltura que en la poesía. No obstante, su estadía en Italia y en Sicilia, durante su juventud, resultará sumamente fructífera a la postre para labrar su oficio maduro de narrador. La influencia de Ariosto, Boccaccio y Tasso le resultará fundamental. El temperamento y el talento de Cervantes estaban fincados en la prosa y en particular en la prosa narrativa. Él iba a convertirse en el máximo exponente de un nuevo género: la novela, y así lo demostró luego de haber probado su pluma en la primera parte de *La Galatea* (1585), sobre la que el propio Cervantes opina, a través de la voz del barbero: “Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete...” que, por cierto, nunca llega a escribir.

No obstante, con el paso del tiempo logra escribir, luego de muchas penurias, desdichas y fracasos, la cárcel

incluida, la primera parte del *Quijote*, con el que obtuvo un éxito inmediato entre el público lector y la crítica. Tan grande fue su éxito que se vio impelido a escribir una segunda parte y fue rápidamente traducido a otras lenguas. En 1612 aparece la primera traducción inglesa del *Quijote*, hecha por Thomas Shelton, versión que revolucionó los cánones y que sirvió como modelo a las novelas de Defoe, Fielding, Smolett —principales novelistas ingleses del siglo XVIII—, y cuya influencia llegó hasta el propio Dickens (*Pickwick Papers*).

Poco después, en 1613, saca Cervantes a la luz sus extraordinarias *Novelas ejemplares*, en cuyo prefacio afirma:

Mi edad no está ya para burlarse con la otra vida, que a los cincuenta y cinco de los años gano por nueve, y por la mano. A esto se aplicó mi ingenio, por aquí me lleva mi inclinación, y más que me doy a entender (y es así) que yo soy el primero en que he novelado en la lengua castellana; que en las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son de traducción de lenguas extranjeras, y éstas son más propias, no imitadas ni hurtadas. Mi ingenio las engendró y las parió mi pluma y van creciendo en los brazos de la estampa.

En manos de Cervantes la novela se convertirá en una forma superior de la literatura: un género capaz de asimilar en su seno a otros (poesía, diálogos dramáticos, críticas a la sociedad, discursos y discursos autónomos de carácter amoroso, social satírico y paródico). Y así como Cervantes no logró brillar en la poesía ni en el teatro, en la novela brilló como nadie, de tal manera que quizá, como comentara alguien, Quevedo bien podría haber corregido la prosa narrativa de Cervantes pero nunca podría haber escrito como Cervantes.

El temperamento literario de Shakespeare, en cambio, era fundamentalmente lírico y dramático, y todas sus obras de teatro reflejan la feliz combinación de la acción impulsada por la exquisita vena lírica que habitaba en su alma. “Después de Dios nadie ha creado tanto como Shakespeare”, decía Alejandro Dumas padre.

En mi opinión, quien mejor ha descrito el genio de William Shakespeare es el ensayista inglés William Hazlitt, que dijo:

la enorme cualidad del genio de Shakespeare fue que virtualmente incluyó todo el talento de sus contemporáneos y no sólo lo que difería de ellos... La característica más sobresaliente de la mente shakespeariana fue su enorme capacidad de comunicación con las otras mentes: de modo que captaba todo un universo de sentir y de pensar dentro de su propio ser... Era como cualquier otro hombre pero también era todos los hombres. Era el menos egocéntrico pero en su mente contenía todo lo que los otros eran o podrían llegar a ser. Poseía los genes de todos los



Edwin Austin Abbey, *El rey Lear: el adiós de Cordelia*, 1898

saberes y sentires, aunque sólo los captara intuitivamente en todas sus ramificaciones: a través de los cambios en los conflictos pasionales o en la fortuna, así como en un giro del pensamiento... Su genio brillaba por igual con relación al bien y al mal, tanto con lo sabio como con la estulticia, y entendía por igual a un rey que a un pordiosero.

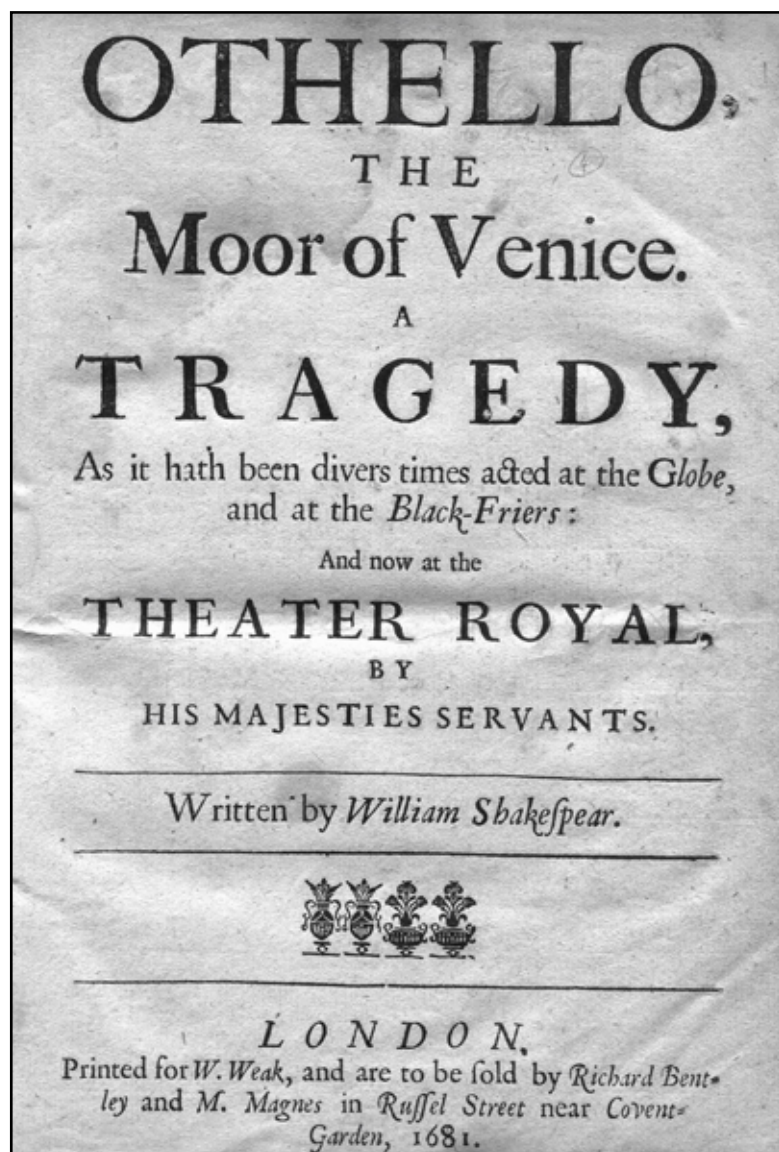
Miguel de Cervantes Saavedra fue el autor de sólo un gran libro: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, novela que revolucionó el género y dio pauta para que todos los demás novelistas, anteriores y posteriores a él, aprendieran de sus recursos, de su ingenio, de su inventiva, de su humanidad y de su humor. El *Quijote* fue concebido inicialmente como una parodia de las novelas de caballería. Alonso Quijano, como se llamaba don Quijote al inicio de la novela, se pasaba las noches leyendo “de claro en claro y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro y vino a perder el juicio”. Las novelas que leía don Quijote eran *Orlando furioso*, *Palmerín de Inglaterra*, *Amadís de Gaula*, *Las sergas de Esplandián*, *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco* y tantas otras que le atiborraron la mente de sueños, fantasías y ensoñaciones y presuntamente lo volvieron loco.

Aunque el espíritu que prevalece en el *Quijote* es esencialmente cómico, al parodiar y satirizar a las novelas de caballería, a medida que transcurre la historia las personalidades de don Quijote y Sancho se van afianzando y cobran carácter, independencia y mucha humanidad. Ambos constituyen una pareja dialéctica ideal que permite confrontar el idealismo de don Quijote con el realismo de Sancho. Don Quijote padece una extraña monomanía a causa de su delirante admiración por las novelas de caballería, pero no es un hombre carente de juicio. Las novelas de caballería lo transforman pero no lo deforman. Independientemente de su locura, la

honra, el valor y la justicia constituyen la parte esencial de su personalidad, ya sea en sus cabales o en su locura. De manera semejante, Sancho puede ser rústico, ignorante, elemental y a veces hasta pícaro y mentiroso. Pero no es tonto, y así lo demuestra cuando se hace gobernador de la Ínsula de Barataria. Por eso, se dice que a lo largo de la novela Sancho se “quijotiza” y don Quijote se “sanchifica”. Uno y otro fueron creados para ser uno mismo, como el propio Cervantes.

A lo largo de toda la obra las invectivas en contra de los libros de caballería no cesan pero, a medida que avanza, la trama se hace cada vez más sutil y las sátiras y parodias se van contrapunteando con las pequeñas tragedias de amor y celos con las que se topan involuntariamente don Quijote y Sancho mientras transitan por los caminos de España; eso le otorga otra dimensión a la novela, apartándola por momentos de la mera parodia para alcanzar vuelos de gran elegancia y serenidad pero sobre todo de humildad y humanidad, lo cual nos hace sentir y respirar el espíritu de la grandeza que el *Quijote* refleja: el del humanismo del Renacimiento al tiempo que muestra también la decadencia del imperio español. Cervantes fue el escritor que demostró que la novela, además de ser un medio de entretenimiento, podía convertirse en un método de experimentación formal y narrativo, así como en una forma de conocimiento del ser y el devenir de la humanidad y el mundo. Cervantes fue, sin duda, el creador de la novela moderna y el *Quijote* se convirtió, por un extraordinario acto de prestidigitación, en la madre de todas las novelas que la sucederían.

Contrario a Cervantes, Shakespeare fue un autor de múltiples y variadas obras de teatro de primerísimo orden. Tiene en su haber más de cuarenta piezas que transitan de la historia a la comedia, de la comedia a la tragedia hasta llegar a lo que se conoce como sus *romances*, de carácter más imaginativo y fantasioso. Sus grandes



personajes sobrepasan a más de cien y son por todos nosotros conocidos: Romeo, Julieta, Mercutio, Shylock, Porcia, Julio César, Bruto, Iago, Otelo, Desdémona, Emilia, Rosalind, Hamlet, Ofelia, Macbeth, Lady Macbeth, Lear, Cordelia, Antonio, Cleopatra, Coriolano y tantos y tantos más.

Si Miguel de Cervantes logró inventar la novela, de acuerdo con Harold Bloom, William Shakespeare logró “inventar a la humanidad”.

II

Pero entremos en materia: Además de los contrastes y similitudes entre sus vidas, vocaciones, obras y personalidades, ¿cuáles son las confluencias, si acaso existen, entre Cervantes y Shakespeare? Al margen del talento, del genio, de la experiencia, del género y de la nacionalidad, sin duda compartieron afinidades, las famosas “afinidades electivas”.

Empecemos entonces por el tema más conocido y tratado por ambos: el de “la locura”. Tanto Cervantes

como Shakespeare se nutrieron, acaso sin haberlo leído directamente, del *Elogio de la locura* de Erasmo de Róterdam. Los dos personajes más famosos de ambos autores, don Quijote y Hamlet, padecen un grado de locura. Efectivamente, los dos son, como diría Salvador de Madariaga, locos “norte noroeste”, feliz frase que indica que ambos están locos pero tan sólo con una cierta desviación en la brújula que los hace deformar los hechos, a uno a la luz de las novelas de caballería y el otro por la obsesiva duda que lo abrumba sobre el posible asesinato de su padre. Ambos padecen una cierta monomanía dado que tanto don Quijote como Hamlet son capaces de razonar lúcidamente, salvo cuando interfiere su obsesión. En el caso de don Quijote, la locura no es fingida sino que es el resultado de haber leído tanto libro de caballería. En el caso de Hamlet, la locura parece un artificio para descubrir si su padre fue asesinado (“Jurad que por extraña que a vos fuera mi conducta —y contad que bien pudiera convenirme adoptar cierta manía como de extravagancia—, si así fuera que no haréis nada...”), pero su constante dudar finalmente logra sacarlo de sus cabales.

Pese a su locura, mitológicamente don Quijote se levanta como la imagen del hombre que intenta de forma desinteresada implantar el bien en la Tierra, mientras que la figura de Hamlet emblemáticamente nos representa a todos frente a la incertidumbre de la vida, en la melancolía y el pesimismo que suelen embargarnos de cuando en cuando y que el propio Hamlet expresa en los siguientes términos: “¡Qué máquina extraña es el hombre! ¡Qué noble en su razón: qué infinito en sus facultades; en su forma y movimiento qué apto y admirable; en sus actos qué ángel; en su comprensión qué Dios: la hermosura del mundo, el modelo de los animales y con todo, para mí, ¿qué es esta quintaesencia de barro?”.

La tristeza y melancolía, tanto de don Quijote como de Hamlet, la logran apaciguar Cervantes y Shakespeare a través de su agudo sentido del humor. Ya he aludido a la pareja dialéctica que forman don Quijote y Sancho y cómo las gracejadas de Sancho le dan vida, sal y sabor a la novela. El rollizo personaje de baja estatura, barba cerrada, voz ronca que cabalga acompañando a su amo montado en un pollino citando refranes aprendidos de oídas por el pueblo y suficientemente socarrón para fingir llevar las misivas de amor encargadas por su amo a Dulcinea, es el personaje que más castigos y maltratos recibe en la novela sin merecerlo: golpeado y apedreado por los imaginarios enemigos de su amo, manteado en la venta, burlado por propios y extraños en razón de su aparente ingenuidad, sometido a poco comer y nada de beber (cuando tiene sed apenas y le ofrecen agua en lugar de un poco de vino), y a quien don Quijote le hace continuas reprimendas y reclamos y le exige reite-

radamente darse de azotes para desencantar a Dulcinea. Y cuando por fin el buen Sancho puede darse el lujo de comer y beber a sus anchas, pues llega a ser gobernador de la prometida ínsula, el médico Pedro Recio le prohíbe probar bocado por razones de salud, a lo cual Sancho concluye tajantemente:

Y denme de comer o, si no, tómense su gobierno, que oficio que no da de comer a su dueño no vale dos habas... Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad: dejadme que vaya a buscar la vida pasada para que me rescute de esta vida presente. Yo no nací para ser gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quieran acometerlas. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes ni defender provincias ni reinos... Vuestas mercedes se queden con Dios, y digan al Duque mi señor que desnudo nací, desnudo me hallo: ni pierdo ni gano: quiero decir que sin banca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de cómo suelen salir los gobernadores de otras ínsulas.

He aquí la “quijotización” de Sancho y la sapiencia de Cervantes. Qué extraordinaria creación de personaje extraído de lo más profundo de su conocimiento del ser humano y mucho más cerca de la comedia que de la tragedia.

Pues bien, este gracioso escudero tiene también su paralelo en Shakespeare en la obra histórica *Henry IV*, donde existe otra pareja dialéctica formada por el príncipe Hal (que será el futuro rey Henry V) y su acompañante de juergas y francachelas llamado Falstaff. En efecto, John Falstaff es otra de las grandes creaciones cómicas que tanto abundan en la obra de Shakespeare. Además de los bufones y de los personajes ridículos, como Malvolio de *Twelfth Night* (*Noche de epifanía*), Shakespeare conocía y ejercitaba lo que era el mundo cómico. Falstaff es también un obeso sanguíneo, pero, más que rústico y ocurrente como Sancho, Shakespeare lo caracteriza como borrachón, jugador, lascivo, mentiroso, cínico, echador, adulador, escurridizo y cobarde —casi el opuesto a Sancho— pero, eso sí, muy divertido, muy ocurrente, simpático y seductor. La propia reina Isabel le pidió, al entonces ya afamado dramaturgo inglés, que escribiera otra obra en la que volviera a aparecer el único, inmoral e inolvidable Falstaff. Él la complació y creó *Las alegres comadres de Windsor* (*The Merry Wives of Windsor*).

La diferencia entre ambas parejas —don Quijote y Sancho y Prince Hal y Falstaff— es que, mientras los primeros permanecen juntos hasta la muerte del amo, Prince Hal, al asumir su responsabilidad de heredero del trono y cumplir con su destino frente a su país de ser rey, se siente en la necesidad de desconocer y desten-

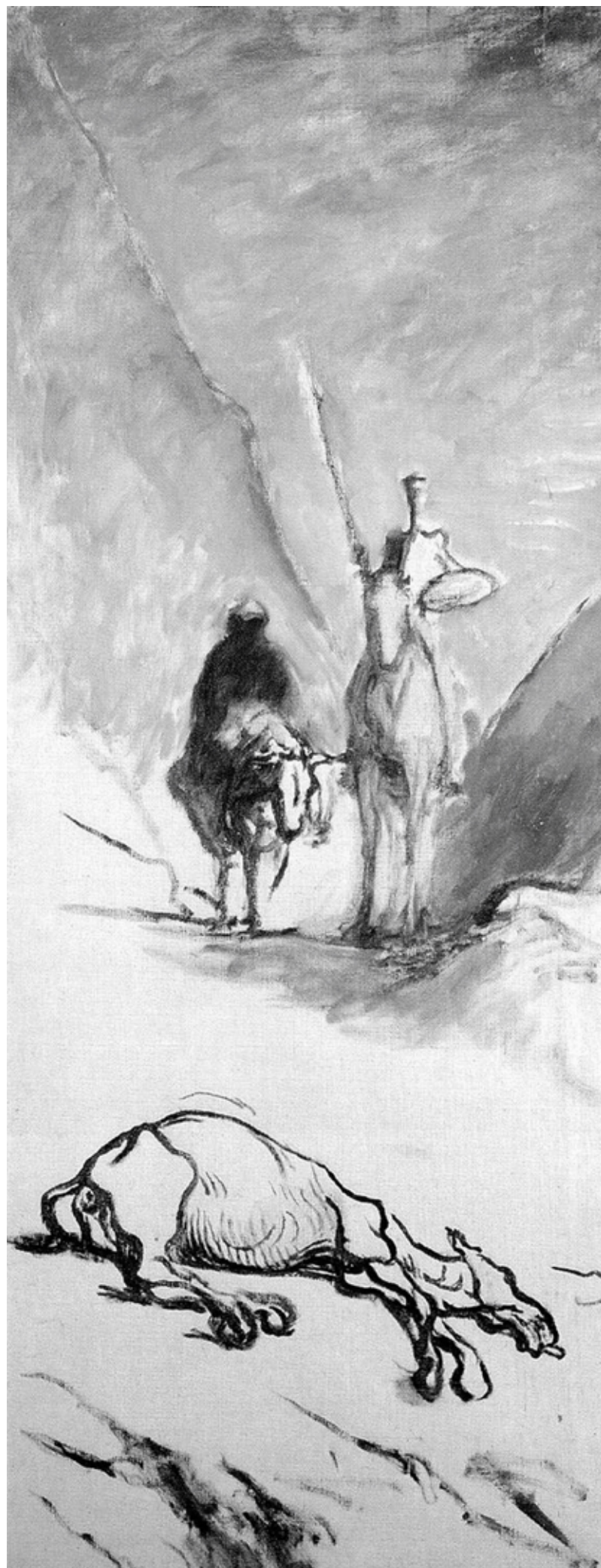
errar a Falstaff, su eterno compañero y cómplice de farra. ¿Pragmatismo o responsabilidad? No lo sé, pero eso hace una diferencia.

Hay un último, sorprendente e irónico punto de entrecruzamiento entre las fascinantes vidas y obras de Cervantes y Shakespeare. En la primera parte del *Quijote*, dentro de lo que se conoce como “las novelas intercaladas”, hay dos episodios estrechamente vinculados y que yo me permití denominar como “el cuadrángulo Cardenio-Luscinda y Fernando y Dorotea”.

La acción transcurre en los sombríos y desolados adentros de la Sierra Morena. Don Quijote y Sancho acaban de sufrir el apedreo de los galeotes liberados gracias a su intervención y, con el fin de evitar a la Santa Hermandad, se adentran en las entrañas de la sierra buscando salir rumbo al Viso o Almodóvar. Ahí mismo se encuentra también Ginés de Pasamonte, el líder de los galeotes, que aprovecha que Sancho y don Quijote duermen para hurtar el burro del primero, lo cual obliga a este, a la mañana siguiente, a continuar su camino a pie. En la Sierra Morena saben de un hombre, apodado “El roto de la mala figura” o el astroso “Caba-



Manuel de la Cruz, escena final de *El tratado de Argel* de Cervantes, 1784



Honoré Daumier, *Don Quijote y la mula muerta*, 1864

llero de la Sierra” que, por un desengaño amoroso, vaga como loco por los bosques. Curioso encuentro: la Sierra Morena cobija a tres extraños seres: don Quijote de La Mancha, Ginés de Pasamonte y Cardenio.

La historia de Cardenio en el *Quijote* es como sigue. Cardenio se enamora de una chica de su pueblo y de su misma condición social. Desea casarse con ella y cuando está a punto de pedir su mano, su padre le informa que ha recibido una carta del duque Ricardo —un noble de Andalucía— solicitando que Cardenio se convierta en compañero de su segundo hijo, de nombre Fernando, para que se vaya labrando su futuro. Su padre le aconseja que aproveche la oferta, Cardenio pospone su matrimonio y así logra entablar tan buena relación con Fernando, el hijo del duque, a quien no cesa de hablarle de la belleza de Luscinda, así como del amor que le inspira, hasta que Fernando se enamora de ella. Antes, Fernando había seducido a una labradora, vasalla de su padre, de nombre Dorotea, a la que finalmente abandona con la intención de casarse con Luscinda mediante una serie de artilugios que los llevan hasta el altar, lo cual vuelve loco a Cardenio. Este es el conflicto de la novela: una amistad traicionada, un doble engaño al amigo y a la ex amante y la posibilidad de perder a Luscinda para siempre: suspenso, engaño y deshonor. Cardenio intentará recuperar a Luscinda así como Dorotea a Fernando en los bosques de la Sierra Morena.

Pues bien, la base de esta anécdota le sirvió de inspiración a William Shakespeare para adaptarla como obra de teatro bajo el título de *Cardenio o Doble traición*. En efecto, todo parece indicar que la historia de Cardenio fue escrita por William Shakespeare, en colaboración con su joven colega John Fletcher siguiendo la traducción del *Quijote* hecha por Thomas Shelton en 1612, y tal parece que fue estrenada en la Corte de Inglaterra en 1613. Obviamente, ni don Quijote, ni Sancho, ni los personajes aldeaños de la novela de Cervantes aparecen en la obra de teatro que se circunscribe a diez personajes. La recuperación de esta obra es relativamente reciente y se conoce como *Cardenio, la obra perdida de Shakespeare* y tuvo como antecedente la obra *Double Falsehood: or The Distrest Lovers* firmada por Lewis Theobald en 1727. La obra fue reestrenada en Inglaterra en 2011 bajo el título *Cardenio, la obra perdida de Shakespeare re-imaginada* y es una suerte de colaboración entre Cervantes, Shakespeare, Shelton, Theobald y Gregory Doran, que fue quien la dirigió.

Hermosa forma de unión en la que un gran dramaturgo aprovecha la interesante historia de dos amores escrita por un gran novelista para que encuentren un punto de unión indisoluble frente a los lectores y a los amantes del teatro.